

LA MUJER MAS QUERIDA

Breves reflexiones desde una lectura meditada
de la carta encíclica REDEMPTORIS MATER
del Papa Juan Pablo II.

Vicente Sánchez Gómez

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

—A mi madre; y a todos los que aprendisteis a querer con cariño limpio y generoso, como María.

CON LICENCIA ECLESIASTICA
I.S.B.N. 84-7656-132-6 ● S.L. B-4137-89
GRAFICAS GUADA, S.A. - ESPLUGUES LL. (BARNA.)

PROLOGO

Es ya un tópico, que arranca al menos de San Agustín, el que los autores que escriben de la Virgen María, le pidan perdón por atreverse a penetrar en los abismales tesoros que la Santísima Trinidad depositó sobre la que fue su «templo y sagrario». Pero tal atrevimiento lo compensan con el amor que les mueve a escribir, si no cosas nuevas —ise ha escrito tanto y tanto de Ella!—, las experiencias de sus meditaciones y coloquios de que les brotan *nuevas* emociones que sugiere el Espíritu Santo a quien se acerca a la Obra más estupenda de un Dios Enamorado y Todopoderoso.

Creo interpretar correctamente la actitud de Vicente Sánchez Gómez, párroco de Nuestra Señora de los Desamparados, en Alicante, al decidirse a publicar su lectura meditada de la encíclica «*Redemptoris Mater*», del Papa Juan Pablo II.

Copiosos y óptimos frutos ha producido el Año Mariano que proclamó Juan Pablo II acompañando a su convocatoria la publicación de dicha encíclica. Los escritos de este Papa son sumamente interesantes, pero exigen

para penetrarlos, no una sino varias lecturas en el reposo sosegado de la meditación. Así se abre el alma a las mociones del Espíritu Santo para descubrir el hilo conductor del escrito y seguir su trayectoria. En esta densa encíclica ese hilo conductor es nada menos que la FE de la Virgen, *Bienaventurada* por esta virtud –y las tuvo *todas*–, de tal manera que la Iglesia, con palabras de Isabel, la antepone a la misma maternidad según la carne, como acertadamente explica el autor en el capítulo 17 *Virgen del Camino*.

«Si conseguimos aumentar en alguien el cariño a LA MUJER MAS QUERIDA, nos damos por suficientemente contentos», afirma Vicente Sánchez en la presentación. Y, después de haber leído el libro del autor a quien conozco desde sus años de estudiante de humanidades, puedo asegurar que quien se decida a leerlo no quedará defraudado ante estas *reflexiones en voz alta*, sino que lo introducirán a la comprensión contemplativa de las apretadas lecciones que nos da Juan Pablo II en su encíclica mariana.

Siguiendo el hilo de conocidas advocaciones, casi todas entresacadas de las letanías lauretanas, Vicente Sánchez expone las sugerencias que le despierta el párrafo elegido, y puesto al frente de cada uno de sus cuarenta y un capítulos, de la «*Redemptoris Mater*». Son

breves profundizaciones sobre los textos, que, a veces, apoya en otros autores que cita al pie de página: el Magisterio Pontificio y escritores espirituales de reconocida solvencia.

Todo ello contribuye a que se lean con interés y aprovechamiento, en sintonía con el autor, las reflexiones de este libro resultando una lectura espiritual detenida y piadosa, de la que sin duda brotarán afectos de admiración, cariño y confianza hacia Nuestra Señora, la Madre de Dios. Desde sus páginas, parecen desprenderse aquellas palabras bíblicas tantas veces aplicadas por la Iglesia a la Virgen María: «Y ahora, hijos, escuchadme. ¡Dichoso el hombre que me escucha, pues encontrará la vida!» (Prov. 8, 34 s.) y «los que se esfuerzen por darme a conocer poseerán la vida eterna» (Sir.24,31).

Tal es el libro de Vicente Sánchez, que recapitula en un epílogo con el prefacio de la misa votiva de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia. Primoroso resumen de la función de Santa María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Añade valor al libro un índice de advocaciones marianas tomadas de la enciclica comentada —cien bien contadas— y un resumen de las fiestas de carácter universal incluidas en el calendario litúrgico en honor de la Virgen a lo largo de todo el año, exponente del lugar preferente que María Santísima ocupa en el culto cristiano.

Lector amigo: ahí tienes un libro que te recomienda vivamente quien ha dedicado la mayor parte de su vida a la dulce tarea de estudiar, meditar y escribir sobre la *Mujer bendita entre todas*, amparo de los que en otra criatura no lo encuentran, ante cuya imagen Vicente Sánchez ha orado con la encíclica papal en la mano.

Laurentino M.^a HERRAN
de la Pontificia Academia Internacional Mariana, y de la Sociedad Mariológica Española.

PRESENTACION

El 1 de enero de 1987, el Papa Juan Pablo II sorprendía al mundo con un doble anuncio referido a la Virgen María. El primero de ellos era su propósito de convocar un Año Mariano para conmemorar el nacimiento, hace dos mil años, de una niña que venía predestinada para ser investida de la singular dignidad de Madre de Dios. Con tal motivo, el Papa adelantaba también el anuncio de una inminente carta encíclica sobre la Virgen María.

Los dos anuncios se han cumplido. El Papa ha querido que la convocatoria de este jubileo mariano sirviera para conocer mejor a nuestra Madre y Señora la Virgen María. Con el fin de ayudarnos en el intento, nos acompañó con el denso contenido de una extensa carta encíclica. Quiere avivar en todos nosotros la devoción a la Virgen: recomienda la celebración de las fiestas marianas y la visita a los santuarios que la fe del pueblo levantó en honor de la Virgen en todas las latitudes de la tierra. Pero,

sobre todo, quiere que, al mirar a este «espejo de justicia» que es María, y al contemplar su condición de «esclava del Señor», su ejemplo nos impulse a «un renovado empeño de adhesión a la voluntad de Dios».

El Papa sabe lo que quiere: desea un mundo renovado, en el que los valores más dignos se reflejen en la convivencia humana. Ante la proximidad del tercer milenio de la era cristiana, no se le oculta la necesidad de un mayor acercamiento entre los pueblos y las culturas; es consciente de la urgencia de un creciente impulso evangelizador que lleve la luz de la fe a todas las actividades y anhelos del hombre moderno; es particularmente responsable de la vitalidad y eficacia apostólica de la Iglesia de Jesucristo, que se dispone a iniciar la andadura del tercer milenio de su historia a sabiendas de su finalidad como institución divina: ser «luz del mundo» y «sal de la tierra», a pesar de toda circunstancia hostil o adversa.

La Iglesia, fundada por Jesucristo, es una institución bimilenaria que viene haciendo historia superando permanentemente persecuciones y ataques. Ella puede aportar ingentes logros e inapreciables monumentos en todas las vertientes de la cultura; ella, a lo largo de veinte siglos, incluso con relevantes fallos humanos, ha colaborado como ninguna otra institución a la promoción de la dignidad de la perso-

na; ella experimenta en sí misma, de un modo permanente, persecuciones de toda índole: desde la violencia física y encarnizada planificada por poderosos hasta la burda maquinación de masas incontroladas; lo mismo la persiguieron mentes superdotadas que se dejaron arrastrar por un rabioso resentimiento que personajes irrelevantes sin otro bagaje que su arrogante ignorancia o su acerbo sectarismo. Posiblemente, ninguna otra institución sobre la tierra podrá presentar un «currículum» tan vigoroso frente a tantos intentos de aniquilación. Dos mil años son poco tiempo para una institución que tiene la garantía de perdurar hasta el fin de la historia; pero es un tiempo suficientemente largo para tener comprobado que es inútil el empeño en destruirla.

Pues bien, esta Iglesia tan perseguida e incomprendida, lo mismo que lo fue su Maestro y Fundador, comienza ya a mirar al año dos mil. No por motivaciones mágicas, de las que tanto gustan muchos de los que se autoproclaman no creyentes. Ella lo hace para preparar la celebración de un aniversario singular: el de nuestra redención. Y lo hace dedicando un largo año a estudiar y admirar la personalidad y el carisma de una mujer excepcional: la Virgen María de Nazaret.

Con las breves consideraciones que siguen no hemos pretendido, ni mucho menos, hacer

un comentario a la encíclica de Juan Pablo II. Partimos de una esmerada lectura de esta hermosa carta y, al filo de algunas de sus enseñanzas, reflexionamos en voz alta con el sin duda presuncioso intento de compartir algo de su riquísimo contenido. Si con ello conseguimos aumentar en alguien el cariño a LA MUJER MAS QUERIDA, nos damos por suficientemente contentos.

Quiero resaltar mi gratitud a la Editorial APOSTOLADO MARIANO por la favorable acogida que ha prestado a la publicación de este trabajo. Y deseo también expresar mi reconocimiento al M.I. Don Laurentino M^a Herrán, incansable escritor de temas marianos, por el regalo de su PROLOGO a estas páginas sobre LA MUJER MAS QUERIDA.

Todo sea para honor y alabanza de la Santa Madre de Dios.

EL AUTOR

INTRODUCCION

LA MADRE DEL
REDENTOR

1

PUERTA DEL CIELO

«...La Madre del Redentor tiene un lugar preciso en el plan de la salvación...»

(«Redemptoris Mater», n.º 1)

María no es una más entre la muchedumbre de los redimidos. Ella es —perdónese la expresión— una pieza clave en el proyecto divino de salvar a la humanidad.

De nadie puede afirmarse que esté pensado por Dios como algo indeterminado incluido anónimamente en el complicado conjunto del Universo. Porque todos estamos singularmente conocidos en la mente divina y particularmente queridos por quien nos llama, por amor, a ser hijos suyos.

Pero hay una diferencia muy notable entre María y nosotros: Ella está pensada, preparada e investida para formar parte del «brazo poderoso» con el que Dios salva a todos aquellos

que se dejan amar por El. Nosotros, en cambio, aunque somos también corredentores, entramos en el plan divino, ante todo, como meros beneficiarios de esa salvación que nos llega precisamente a través de María.

Efectivamente, en un momento concreto de la historia humana, el Eterno decide compartir el tiempo; Dios asume la naturaleza humana de modo inefable y maravilloso; y «nace de una mujer», como corresponde a todo ser humano; y esa «mujer» —bendita entre todas— es María de Nazaret; su hijo es el mismo Hijo de Dios, el Verbo que toma carne en Ella para salvar al mundo, el Redentor de la humanidad caída: Jesús de Nazaret.

Así se explica que María sea llamada con razón «Puerta del Cielo»; porque a través de Ella accedió a la tierra el Salvador del mundo.

Dios quiso valerse de María para hacerse visible en la tierra. También quiere valerse de nosotros para mostrarse al hombre de hoy. A todos nos atañen las palabras con que Juan Pablo II exhortaba en uno de sus viajes apostólicos: «Millones de hermanos vuestros... os hablan a vosotros con las palabras dirigidas un día al Apóstol Felipe en Jerusalén: 'Queremos ver a Jesús'. Sí, hermanos y hermanas míos; tenéis que mostrar a Jesús a vuestro pueblo; el Jesús que oraba, el Jesús de las bienaventuranzas; el Jesús que, en vosotros, desea ser obe-

diente y pobre; manso, humilde y misericordioso; puro, pacífico, paciente y justo... el Hijo eterno del Padre, que se encarnó en el seno de la Virgen María y que desea ser visible en vosotros» (1).

(1) Discurso en Seúl –Corea– 5 de mayo de 1984; Cfr. Documentos Palabra- 137/84, pág. 153, col. 1.^a, n.º 5.

MADRE DEL VERBO

«El Espíritu Santo, que ya había infundido la plenitud de gracia en María de Nazaret, plasmó en su seno virginal la naturaleza humana de Cristo...»

(«Redemptoris Mater», n.º 1)

Dios prepara con primor el ser de María. La llena de gracia; la reviste de dones; derrama sobre Ella virtudes y tesoros sobrenaturales que la constituyen «digna morada» (2) del Hijo de Dios. Por eso, la hace Inmaculada y la exime de toda mancha librándola también de cualquier inclinación que de algún modo tenga relación con el pecado.

Ella es toda hermosa y sin mancha. Con razón canta el pueblo: «Tú eres toda hermosa, ¡oh Madre del Señor!; tú eres de Dios gloria, la obra de su amor» (3).

En el momento oportuno, según el designio divino, en el seno virgen de esta excepcional criatura llena previamente de gracia y virtudes, la omnipotencia de Dios, de modo maravilloso y singular, formó una naturaleza humana. La fuerza todopoderosa del Altísimo, sobrenatural y milagrosamente, puso en movimiento la capacidad de concebir en María y, sin intervención de varón, comenzó la formación de un cuerpo humano perfectísimo; creó de la nada—lo mismo que en cualquier otra concepción normal— un alma nobilísima particularmente dotada de potencias y capacidades extraordinarias. Y en el mismo instante en que ese embrión humano comienza a existir se ve inundado y totalmente poseído por la personalidad divina del Hijo de Dios. A partir de ese momento, Dios forma parte de la historia humana; lo que late y crece dentro del seno embarazado de María es una Persona que es Dios, pero que, desde ahora, comienza a ser también hombre.

Todo ello se realiza por una intervención milagrosa y salvadora del inmenso poder del Espíritu Santo y por el humilde consentimiento de una sencilla aldeana de Nazaret. Esta es María, la desposada con el artesano José, descendiente del rey David.

Magnífico, sobre este asunto, el comentario de San Bernardo: «El único nacimiento digno

de Dios era el procedente de la Virgen; asimismo, la dignidad de la Virgen demandaba que quien naciera de Ella no fuere otro que el mismo Dios. Por esto, el Hacedor del hombre, al hacerse hombre, naciendo de la raza humana, tuvo que elegir, mejor dicho, formar para sí, entre todas, una madre tal cual Él sabía que había de serle conveniente y agradable.

»Quiso, pues, nacer de una virgen inmaculada, Él, el inmaculado, que venía a limpiar las máculas de todos. Quiso que su madre fuese humilde, ya que Él, manso y humilde de corazón, había de dar a todos el ejemplo necesario y saludable de estas virtudes. Y el mismo que ya antes había inspirado a la Virgen el propósito de la virginidad y la había enriquecido con el don de la humildad le otorgó también el don de la maternidad divina.

»De otro modo, ¿cómo el ángel hubiese podido saludarla después como llena de gracia, si hubiera habido en Ella algo, por poco que fuese, que no poseyera por gracia? Así, pues, la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos recibió el don de la virginidad para que fuese santa en el cuerpo, el don de la humildad para que fuese santa en el espíritu.

»Así, engalanada con las joyas de estas virtudes, resplandeciente con la doble hermosura de su alma y de su cuerpo, conocida en los cielos por su belleza y atractivo, la Virgen regia

atrajo sobre sí las miradas de los que allí habitan, hasta el punto de enamorar al mismo Rey y de hacer venir al mensajero celestial.

»Fue enviado el ángel, dice el Evangelio, a la Virgen. Virgen en su cuerpo, virgen en su alma, virgen por su decisión, virgen, finalmente, tal cual la describe el Apóstol, santa en el cuerpo y en el alma; no hallada recientemente y por casualidad, sino elegida desde la eternidad, preparada y predestinada por el Altísimo para Él mismo, guardada por los ángeles, designada anticipadamente por los padres antiguos, prometida por los profetas» (4).

(2) Oración litúrgica de la solemnidad de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre.

(3) Liturgia de las Horas, IV, Oficio de Santa María en sábado, Himno de Laudes, III.

(4) San Bernardo. Homilías sobre las excelencias de la Virgen Madre. Hom. 2, 1-2. 4: Opera omnia, edición cisterciense, 4 (1966), 21-23.

EXORDIO DE LA IGLESIA

«La Iglesia saluda a María de Nazaret como a su exordio...»

(«Redemptoris Mater», n.º 1)

En oratoria se llama «exordio» a la parte introductoria del discurso. Su finalidad es preparar al auditorio para que siga con interés el posterior desarrollo del tema. Pretende hacer atractiva y comprensible la presentación del mismo. Según las palabras de la encíclica, podemos deducir que algo de esto viene a ocurrir con María en su relación con la Iglesia.

Cuando la Iglesia mira a María, contempla en Ella todo lo que en sí misma está llamada a realizar. La Iglesia sabe que María es su «miembro más noble». Y ya desde su Concepción Inmaculada descubre como una anticipación de lo que ocurrirá con su propia suerte el

día en que se beneficie plenamente «de la gracia salvadora de la Pascua». Pero, sobre todo, la Iglesia, meditando «el hecho de la Encarnación, encuentra unidos indisolublemente a Cristo y a María». La gran misión de la Iglesia es manifestarse como la Esposa fiel de Jesucristo y dar a luz como Madre a cada uno de los creyentes en Cristo. Y estos dos aspectos los descubre claramente prefigurados en María. Porque Ella es la Esposa de Dios que se entrega incondicionalmente a su voluntad salvífica para hacer posible y eficaz la Redención: «Hágase en mí según tu palabra», dirá la Esposa ante la insinuación del Espíritu Santo. Y de esa entrega brotará todo el torrente de la salvación, con efectos retroactivos hasta los días de Adán, y con eficacia inagotable hasta el fin del mundo.

La condición de Esposa y Madre que corresponde a la Iglesia será como un reflejo de esa misma doble condición realizada previamente en María. La figura de María aparece como paradigma o modelo de todo lo que tiene que ocurrir con la Iglesia. El gran misterio de la Iglesia se comprende mejor desde el estudio de la figura de María. Y ésta proyecta toda su riqueza y desvela todo su misterio descubriendo que Ella es la más completa prefiguración de la Iglesia.

Con el fervor propio de un corazón enamo-

rado y con el conocimiento teológico de una inteligencia privilegiada, San Cirilo de Alejandría hizo un canto elocuente a la riqueza espiritual de María en la brillante homilía que pronunció en el Concilio de Efeso:

«Te saludamos, María, Madre de Dios, tesoro digno de ser venerado por todo el orbe... Te saludamos, a ti, que encerraste en tu seno virginal a aquel que es inmenso e inabarcable; a ti, por quien la Santa Trinidad es adorada y glorificada; por quien la cruz preciosa es celebrada y adorada en todo el orbe; por quien exulta el cielo; por quien se alegran los ángeles y arcángeles; por quien son puestos en fuga los demonios; por quien el diablo tentador cayó del cielo, por quien la criatura caída en el pecado es elevada al cielo; por quien toda la creación, sujeta a la insensatez de la idolatría, llega al conocimiento de la verdad; por quien los creyentes obtienen la gracia del bautismo y el aceite de la alegría; por quien han sido fundamentadas las Iglesias en todo el orbe de la tierra; por quien todos los hombres son llamados a la conversión...» (5).

Después de considerar este precioso texto, confirmamos lo dicho anteriormente: María, como Esposa y Madre, es el más perfecto anticipo de la Santa Madre Iglesia.

(5) San Cirilo de Alejandría, Homilía 4. PG. 77. 991. 995. 996.

PEREGRINA DE LA FE

«La Iglesia... camina... y va al encuentro del Señor... Pero en este camino... procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María, que avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz».

(«Redemptoris Mater», n.º 2)

Juan Pablo II, en su carta encíclica, reconoce que las palabras arriba transcritas son densas, pero también evocadoras. Densas, porque encierran un profundo contenido; evocadoras, porque traen a la mente toda la vida de María y todo el devenir de la Historia en la existencia de la Iglesia.

En esas breves frases queda descrito lacónicamente el talante que envolvió toda la vida de

María. Una vida de constantes «noches oscuras». Una vida en que su conciencia de israelita, de esposa y de madre, se vio inmersa en circunstancias humanamente inexplicables y divinamente no explicadas. No en vano, el Evangelio hace constar esta especie de perplejidad de María ante determinados acontecimientos: «Ellos no entendieron lo que les decía... y su madre conservaba todo esto en su corazón» (6).

Pero María nunca desconfió de Dios. Su paso por la vida –sumergida como ninguna otra criatura en los misterios de Dios– se convirtió en un peregrinar no exento de fatiga e incertidumbre; todo lo contrario a nuestras innatas inclinaciones a la comodidad. La que dio comienzo a su existencia como Inmaculada y culminó su etapa terrena siendo llevada en volandas al cielo, hubo de someterse a pruebas tanto más duras cuanto más firmemente sabía que era cooperadora excepcional de Dios Salvador. «Muchos piensan así –escribe William–: María concibió a Jesús milagrosamente después del mensaje del ángel: 'sabía' por consiguiente... que Jesús era el Hijo de Dios y no le hacía falta creerlo de la misma manera que nosotros. Pero precisamente el hecho de que María estuviese tan próxima al misterio de la filiación divina de Jesús, tenía para Ella la consecuencia de someter su fe a las pruebas más di-

ficiles que hayan alcanzado jamás a un hombre. María experimentaba cómo iba palideciendo todo resplandor sobrenatural en torno de Jesús, cuyo nacimiento había sido anunciado por el ángel; cómo crecía como cualquier otro niño... Por razón de su maternidad milagrosa se encontró María durante muchos años en una situación que era para Ella tan singular como su vocación... Durante todo el tiempo de la vida oculta tuvo que creer Ella, y Ella tan sólo, en la redención del mundo por obra de un Redentor que, por el momento, trabajaba como carpintero, y se dedicaba a esta profesión tan exclusivamente como si no hubiera venido al mundo para otra cosa. ¿Cómo podía Jesús llevar tal género de vida en calidad de Hijo de Dios? Hablando humanamente, esta pregunta tenía que suscitarse en el alma de María, no sólo de vez en cuando, sino a diario y a cada hora...

»...Todavía fueron mayores las pruebas a que nos referimos durante la actuación pública...

»Y comenzó finalmente el tiempo de la pasión en el que la fe de María sufrió la prueba suprema, bien que también salió airoso de ella de la manera más magnífica...

»María superó todas estas pruebas de la manera más perfecta. En las horas tenebrosas de su vida de madre, sobre todo en los mo-

mentos difícilísimos que descargaron sobre Ella como un oleaje durante la pasión y muerte de Jesús, adoptó siempre el modo de proceder que correspondía a la que había dicho cuando la Encarnación: 'Yo soy la esclava del Señor'. Y después de cada uno de estos momentos dificultosos, dificultosísimos, se le pudieron aplicar siempre, hasta el último día de su vida sobre la tierra, las palabras que, iluminada por Dios, le dirigió un día su prima, llena de respetuosa admiración y felicitándola cordialmente: '¡Dichosa tú, porque has creído!'» (7).

Similar tiene que ser el destino de la Iglesia: avanzar en la peregrinación de la fe; caminar a través de la historia por caminos de desierto; superar avatares y crisis desconcertantes tratando de interpretar serenamente los signos de los tiempos; consciente siempre —lo mismo que ocurrió en María— de que muchos detalles concretos nunca podrán ser humanamente explicados ni entendidos. Ello hará más visible la inquebrantable fidelidad de la Iglesia para con Jesús. Porque la Iglesia, como hemos dicho ya reiteradamente, tiene que recorrer de nuevo el árduo itinerario realizado por María.

(6) Lc. 2, 50-51.

(7) Francisco Miguel William, «Vida de María», Editorial Herder, 3.^a edición, Barcelona, 1946, págs. 290 y ss.

ESTRELLA DE LA MAÑANA

«Es constante, por parte de la Iglesia, la conciencia de que María apareció antes de Cristo en el horizonte de la Historia de la salvación...»

(«Redemptoris Mater», n.º 3)

Desde el comienzo de la Historia, tras la caída-pecado de Adán, se prometió ya, por parte de Dios, la venida de un Redentor. Alguien que recuperaría lo perdido en aquella primera batalla que libraron en el paraíso terrenal el padre de la mentira y el cabeza de la humanidad. En aquella ocasión había perdido Adán, había perdido el hombre. Sin embargo, Dios sabe sacar partido de todo, y consigue transformar las desgracias en cimientos del éxito. Y así, aquella primitiva derrota fue la ocasión de que el brazo poderoso de Dios se pu-

siera a favor del hombre. Porque Dios siempre quiso lo mejor para el hombre. Y allí mismo, junto al árbol fatal del pecado, promete que una mujer misteriosa será vencedora de las insidias del enemigo; que esa mujer y su descendencia se cobrarán la antigua derrota con la humillación definitiva de los poderes del mal. Y, a lo largo de las distintas etapas históricas, se repite de muchas y diversas maneras, el anuncio de la misteriosa mujer vencedora del enemigo irreconciliable de la humanidad.

Ester, Judit, Débora, Jael, etc., son otros tantos y vivos anuncios de la mujer triunfadora prometida en el Génesis. El Redentor nacerá de mujer. Y ¡qué mujer!... «Terrible como escuadrones de ejército en orden de batalla!» (8). Una mujer normal, pero extraordinaria; una mujer sencilla, pero santísima; una mujer como cualquier otra del pueblo, pero predestinada desde la eternidad para ser Madre de Dios. María brindó al Verbo lo que esta Persona divina no tenía antes de hacerse hombre. María estaba ya en la tierra cuando llegó «la plenitud de los tiempos» (9). Por eso, cronológicamente, María es anterior a Cristo en cuanto hombre. De Ella nacerá Él. El Espíritu Santo lo hace constar en el referido texto de San Pablo: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (10).

De ahí que la aparición de esa mujer en la

Historia, el nacimiento de María, sea considerado como una aurora que anuncia el día; por ello Juan Pablo II comenta que «es plenamente comprensible que en este período (el tránsito del segundo al tercer milenio después de Cristo) deseemos dirigirnos de modo particular a la que, en la noche de la espera de Adviento comenzó a resplandecer como verdadera 'estrella de la mañana'. En efecto, igual que esta estrella junto con la 'aurora' precede a la salida del sol, así María, desde su concepción inmaculada ha precedido la venida del Salvador, la salida del 'sol de justicia' en la historia del género humano» (11).

Un precioso texto patrístico resume el justificado entusiasmo con que la Iglesia acoge el nacimiento de María: «Como sabéis y creéis, nos encontrábamos todos en el reino de la muerte, en el dominio de la caducidad, en las tinieblas, en la miseria. En el reino de la muerte, porque habíamos perdido al señor; en el dominio de la caducidad, porque vivíamos en la corrupción; en las tinieblas, porque habíamos perdido la luz de la sabiduría, y, como consecuencia de todo esto, habíamos perecido completamente. Pero por medio de María, hemos nacido de una forma mucho más excelsa que por medio de Eva, ya que por María ha nacido Cristo. En vez de la antigua caducidad, hemos recuperado la novedad de vida; en vez

de la corrupción, la incorrupción; en vez de las tinieblas, la luz...

»...Si Nuestro Señor debe ser alabado en sus santos, en los que hizo maravillas y prodigios, cuánto más debe ser alabado en María, en la que hizo la mayor de las maravillas, pues Él mismo quiso nacer de ella». (12).

(8) Cant. 6, 10.

(9) Gal. 4, 4.

(10) *Ibidem*.

(11) «Redemptoris Mater», n.º 3.

(12) Beato Elredo, abad. Sermón 20, en la Natividad de Santa María: PL 195, 523-324.

6

MADRE DEL SALVADOR

«Sólo en el misterio de Cristo se esclarece plenamente su misterio...»

(«Redemptoris Mater», n.º 4)

El Papa dice que así lo ha entendido la Iglesia desde sus comienzos. Efectivamente, ya lo vemos acuñado en San Pablo con frase lapidaria, afirmando lacónicamente cómo el Salvador, con todo su proyecto de Redención, es Hijo de Dios y «nacido de mujer» (13). Esta mujer es María de Nazaret. El Concilio de Efe-so define solemnemente que «si alguno no confiesa que Dios es según verdad el Emmanuel, y que por eso la santa Virgen es Madre de Dios (pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne) sea anatema» (14). En el mismo Concilio se había leído y se había aprobado, en su primera sesión, una razonada carta

de San Cirilo de Alejandría al disidente Nestorio en la que se decía: «Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la santa Virgen y luego descendió sobre él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne... De esta manera (los santos Padres) no tuvieron inconveniente en llamar Madre de Dios a la santa Virgen» (15). Y el Concilio Vaticano II afirma: «El Hijo de Dios, nacido de la Virgen María... se hizo verdaderamente uno de los nuestros» (16). Es de notar que todo este «esfuerzo» divino por ser uno de nosotros no hubiera llegado a feliz término sin la dócil y eficaz colaboración de la «esclava del Señor», María de Nazaret.

María es mujer. Con todas las capacidades para concebir a un ser humano. Y es buscada y preparada por Dios precisamente para eso: para tomar de Ella una naturaleza humana, asumiéndola en la unidad de su persona divina, sin anular para nada su condición de hombre, «en todo igual a nosotros menos en el pecado» (17).

Comprendemos que María tiene que ser inmaculada: para que el barro del que es hecho el nuevo Adán, Jesucristo, sea tan limpio como el usado por Dios en la creación del primer hombre (18). Porque la finalidad de la en-

carnación del Verbo es hacer una nueva creación, una nueva criatura (19), una humanidad nueva. Ahora bien, la transmisión de la naturaleza humana, con sus propiedades y sus taras, se realiza por medio de la generación. Por todo esto, evidentemente, la maternidad de María tenía que ser virginal. El que nace de Ella es el nuevo Adán; con cuerpo de barro, como el del primer hombre; por eso, nace de mujer; pero sin tara alguna de las que se transmiten por generación, para lo cual Dios dispone que en este caso no haya intervención de varón; es Dios mismo, el Espíritu Santo, el que interviene (20) para que se realice esta nueva creación. Así, lo que nacerá de María en Belén será el hombre perfecto que aventajará en justicia y santidad la limpieza original del Adán antiguo.

El Cabeza de la nueva humanidad es el hombre perfecto gracias a María, que dio su asentimiento para que dentro de Ella se fraguara este gran misterio.

El Concilio Vaticano II ha sintetizado claramente la doctrina del misterio de María a la luz del misterio de su Hijo: «La Santísima Virgen, desde toda la eternidad, fue predestinada como Madre de Dios, al mismo tiempo que la encarnación del Verbo, y por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor y, de forma singu-

lar, la generosa colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor. Conociendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando Él moría en la cruz, cooperó de forma única a la obra del Salvador, por su obediencia, su fe, su esperanza y su ardiente caridad, para restaurar la vida sobrenatural en las almas. Por todo ello, es nuestra madre en el orden de la gracia» (21).

(13) Gal. 4, 4.

(14) Dz. 113.

(15) Dz. 111-a.

(16) Citado expresamente por Juan Pablo II en su encíclica «Redemptoris Mater», n.º 4.

(17) Hbr. 4, 15.

(18) Gen. 2, 7.

(19) Gal. 6, 15.

(20) Lc. 1, 35.

(21) Conc. Vat. II, «Const. dogm. «Lumen Gentium», n.º 61.

VIRGEN FIEL

«María, como Madre de Cristo, está unida de modo particular a la Iglesia, que el Señor constituyó como su Cuerpo».

(«Redemptoris Mater», n.º 5)

Es evidente la referencia del Papa a la Iglesia como Cuerpo de Cristo. El Sumo Pontífice quiere recordarnos a la vez cómo el misterio de la Iglesia es una prolongación de la Encarnación del Verbo. Y, lógicamente, resulta difícil pensar en la Encarnación sin hacer referencia a María.

Juan Pablo II concreta ya un poco más su punto de mira al redactar esta encíclica: no trata de hacer una síntesis, más o menos sistemática, de la doctrina católica sobre la Virgen María. Quiere invitar a todos los fieles a que

fijemos nuestra atención en una actitud vital y profunda de María de Nazaret; una lección de la que estamos muy necesitados todos los creyentes en esta encrucijada de la Historia, ante el tercer milenio de la plenitud de los tiempos.

«Quiero hacer referencia sobre todo a aquella 'peregrinación de la fe', en la que 'la Santísima Virgen avanzó', manteniendo fielmente su unión con Cristo» (22). El Papa nos coloca en la perspectiva apropiada para que podamos entender sus reflexiones sobre María. Nos la va a presentar como 'peregrina de la fe', y nos la describe 'avanzando', y 'manteniéndose unida fielmente a Cristo'. Describe así tres componentes imprescindibles para que podamos hablar de una fe dinámica y operativa.

La peregrinación de la fe supone la superación de incidencias más o menos dificultosas; momentos de cansancio y jornadas azarosas. Es propio del peregrino sufrir las inclemencias del tiempo, acusar las asperezas del camino, sentir el escalofrío de la desatención de la gente que no comprende la razón de su andadura. Pero su talante de convencido, centrado en la meta propuesta, le ayuda a superarlo todo con peculiar fortaleza. Así vivió María. Centrada en el cumplimiento de la voluntad salvífica trazada desde la eternidad en la mente de Dios. Peregrina de la fe. Sin llegar a compren-

der plenamente muchas cosas; apoyada firmemente, con fidelidad inquebrantable, exclusivamente en Dios. En consecuencia, serena y llena de paz siempre, porque Dios sabe más que los hombres; porque «nada hay imposible para Dios» (23).

De modo semejante camina la Iglesia por las intrincadas sendas de la Historia: también su vida se desarrolla copiando y repitiendo la peregrinación de la fe recorrida anteriormente por María.

Avanzando siempre. Salvando obstáculos. Superando momentos de tormentas y sopor-tando ataques furibundos y despiadados. Sin vacilar por eso en su caminar hacia adelante. Asumiendo culturas en lo que tienen de valioso para la promoción humana. Aumentando incesantemente el caudal del saber. Manteniendo siempre como norma invariable del bien y de la virtud lo que es conveniente al ser racional y libre.

Este es el modo concreto con el que la Iglesia manifiesta su fidelidad insobornable y persistente a Jesucristo. Lo mismo que María. De ahí que el Vaticano II proponga a la Santísima Virgen como modelo a imitar cuando expresamente afirma: «Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección... los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso le-

vantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos... La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres» (24).

(22) «Redemptoris Mater», n.º 5.

(23) Lc. 1, 37.

(24) Conc. Vatic. II, Const. dogmática «Lumen Gentium», n.º 65.

ESTRELLA DEL MAR

«María precedió, convirtiéndose en tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo...»

(«Redemptoris Mater», n.º 5)

Resulta interesante pararse a reflexionar sobre esta rica faceta de la devoción mariana. María precede a toda la Iglesia en la actitud de fe. Ella va por delante. Ella viene a ser como el molde dentro del cual se fragua la fe de la Iglesia, de toda la Iglesia. Su virginidad, conscientemente preservada bajo inspiración divina, es preludio de la inquebrantable adhesión a Cristo, el Esposo, y es vivida por la Iglesia mediante una actitud muy peculiar; manteniendo con persistencia de enamorada el afán permanente de cultivar la pureza y la integridad de todo lo

que Cristo ha mandado. La maternidad divina de María es paradigma de la maternidad de la Iglesia; porque ésta fue fundada, precisamente, para ser la madre que, a lo largo de los siglos, permanentemente engendrara, también por obra del Espíritu Santo, a los hijos nacidos de Dios.

Hay en la patrología un testimonio bellísimo que, en cierto modo, recoge este pensamiento: «Un solo hijo dio a luz María, el cual, así como es Hijo único del Padre celestial, así también es el hijo único de su madre terrena. Y esta única virgen y madre, que tiene la gloria de haber dado a luz al Hijo único del Padre, abarca, en su único Hijo, a todos los que son miembros del mismo; y no se avergüenza de llamarse madre de todos aquellos en los que ve formado o sabe que se va formando Cristo, su hijo.

«La antigua Eva, más que madre madrastra, ya que dio a gustar a sus hijos la muerte antes que la luz del día, aunque fue llamada madre de todos los que viven, no justificó este apelativo; María, en cambio, realizó plenamente su significado, ya que Ella, como la Iglesia de la que es figura, es madre de todos los que renacen a la vida. Es, en efecto, madre de aquella Vida por la que todos viven, pues, al dar a luz esta Vida, regeneró, en cierto modo, a todos los que habían de vivir por ella.

»Esta santa madre de Cristo, como sabe que, en virtud de este misterio, es madre de los cristianos, se comporta con ellos con solicitud y afecto maternal, y en modo alguno trata con dureza a sus hijos, como si no fuesen suyos, ya que sus entrañas, una sola vez fecundadas, aunque nunca agotadas, no cesan de dar a luz el fruto de piedad» (25).

El proceso histórico dentro del cual se opera esta maravilla es lo que el Papa define como «peregrinación de la fe». Dice textualmente: «Todo esto se realiza en un gran proceso histórico y, por así decir, 'en un camino'. La peregrinación de la fe indica la historia interior, es decir, la historia de las almas» (26). En definitiva, es como el trabajoso recorrido de un largo camino. Cada alma tiene su propia experiencia personal de este peregrinar a través del destierro que supone habitar este «valle de lágrimas». Todo hombre puede comprobarlo en su historia íntima.

Si miramos las generaciones anteriores a nosotros, vemos a María como encabezando el interminable grupo de peregrinos de la fe. Es este aspecto el que hay que descubrir y subrayar en María; y de su consideración surgirán nuevos bríos para una lucha denodada por crecer en fidelidad.

Mirando a María, toda la Iglesia, tanto a nivel individual como a nivel colectivo, se

siente animada y confortada. Porque en María se ven ya realizadas y confirmadas todas las promesas ofrecidas a la fe. En María se ha desvelado ya totalmente la penumbra de la fe. Por eso, la devoción del pueblo fiel ha llamado e invocado a María con el significativo nombre de «Estrella del Mar»; porque Ella aparece y se introduce en la vida nuestra brindando claridades y luces que despejan sombras de muerte y hacen desaparecer densas nieblas de dudas y amargas vacilaciones.

Tal vez por eso, el autor de «Surco», Monsr. Escrivá de Balaguer, cierra el capítulo «Pescador de hombres» con esta delicada referencia a María: «¡Qué lección tan extraordinaria cada una de las enseñanzas del Nuevo Testamento! —Después de que el Maestro, mientras asciende a la diestra de Dios Padre, les ha dicho: 'Id y predicad a todas las gentes', se han quedado los discípulos con paz. Pero aún tienen dudas: no saben qué hacer, y se reúnen con María, Reina de los Apóstoles, para convertirse en celosos pregoneros de la Verdad que salvará al mundo» (27).

(25) Sermones del Beato Guerrico, abad. Sermón 1 en la Asunción de Santa María: PL 185, 187.

(26) «Redemptoris Mater», n.º 6.

(27) Surco, n.º 232.

I PARTE

MARIA EN EL
MISTERIO DE LA
IGLESIA

LLENA DE GRACIA

«María es introducida definitivamente en el misterio de Cristo a través de este acontecimiento: la anunciación del ángel».

(«Redemptoris Mater», n.º 8)

Dios Padre ha decidido salvar a todo hombre por medio de Cristo. Lo mismo que incluyó a todos nominalmente en el decreto de la Creación también los incluyó en el plan de la Salvación. Estamos elegidos para ser salvados en Cristo, en el Amado.

El proyecto salvador es eterno y siempre unido a Cristo. Y es evidente que en ese proyecto tiene reservado un lugar particular e insustituible la mujer afortunada elegida por Dios para ser Madre del Salvador.

San Juan Crisóstomo, con su característica

elocuencia, resalta el protagonismo, junto a Cristo, de esta mujer excelsa: «Cristo venció al diablo valiéndose de aquello mismo con que el diablo había vencido antes, y lo derrotó con las mismas armas que él había antes utilizado. Escucha de qué modo.

Una virgen, un madero y la muerte fueron el signo de nuestra derrota. Eva era virgen, porque aún no había conocido varón; el madero era un árbol; la muerte, el castigo de Adán. Mas he aquí que, de nuevo, una Virgen, un madero y la muerte, antes signo de derrota, se convierten ahora en signo de victoria. En lugar de Eva está María; en lugar del árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la cruz; en lugar de la muerte de Adán, la muerte de Cristo» (28).

María es insinuada en la promesa del Génesis como vencedora del enemigo del género humano (29). Ella es profetizada en Isaías como Madre virginal (30). Y ella es definitivamente presentada en el Nuevo Testamento como la mujer a través de la cual recibimos la filiación divina (31).

La anunciación del ángel viene a ser la investidura oficial y solemne de María como instrumento singular, junto a Cristo Redentor, del misterio salvador. Es designada como «llena de gracia» por el ángel (32), porque Ella se beneficia de modo especial y excepcional de la ben-

dición de Dios en el Amado (33). Por ello, merece ser llamada, porque lo es en realidad, «bendita entre todas las mujeres» (34).

El efecto de la gracia, en todo ser humano, supone una transformación impresionante. Es algo así como plantar una semilla de santidad; es como abrir una fuente en la que se da generosamente la misma vida divina. Pues bien; en el momento de la Anunciación, María es presentada y proclamada como superdotada de gracia.

«Llena de gracia» quiere decir «elegida para ser Madre de Dios»; quiere decir «preparada como un caudal de gracia proporcionado a esa elección»; quiere decir «predestinada para una misión excepcional y única».

Con la anunciación se le desvela a María el sublime misterio de la Encarnación. Ella queda constituida en humilde depositaria del gran regalo que Dios hace de sí mismo a la Creación. Ella es la llena de gracia más que cualquier otra criatura.

(28) Homilía de San Juan Crisóstomo sobre el cementerio y la cruz, 2: PG 49,396.

(29) Gen. 3,15.

(30) Is. 7,14.

(31) Gal. 4,4; Mt. 1,16; Lc. 1,31 ss; 2,7-12.

(32) Lc. 1,28.

(33) Ef. 1,6.

(34) Lc. 1,42.

MADRE DE LA DIVINA GRACIA

«María es llena de gracia porque la encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en Ella».

(«Redemptoris Mater», n.º 9).

Cuando el ángel saluda a María en Nazaret (35), ve en Ella tal cúmulo de dones sobrenaturales y tan asombrosa y deslumbrante belleza interior que no encuentra locución más apropiada para referirse a Ella que ésta: «Llena de gracia» (36). Sabemos que los ángeles tienen una capacidad de inteligencia soberana; que están en condiciones óptimas para expresar, con la máxima precisión, lo que saben y conocen. «A la manera de un maestro que sabe explicar bien, el ángel se esmera en componer y

disponer las imágenes de modo que proporcionen mejores datos a la inteligencia» (37). Y el ángel de la anunciación se expresa proclamando a María «llena de gracia». El conoce que el alma de esta mujer privilegiada desborda el don de Dios. Hasta el punto que se va a convertir en manantial físico de la gracia divina; de modo asombroso, maravillosamente, milagrosamente.

Es dentro de Ella donde «vendrá el Espíritu Santo» y «la virtud del Altísimo» (38) realizará en su seno la inefable unión que los teólogos llamarán «hipostática» entre la naturaleza divina del Verbo y una naturaleza humana. La Persona divina en quien se verifica esa unión nacerá de María, que así viene a convertirse como en un surtidor de gracia para toda la humanidad de todos los tiempos.

La expresión «unión hipostática» se refiere a la unidad resultante de juntarse las dos naturalezas, la humana y la divina, sin mezclarse, sin destruirse, sin cambiarse. Subsistiendo y permaneciendo cada una de ellas tal cual es; pero subsistiendo en una única Persona, la del Verbo; lo que se une en el misterio de la Encarnación es, por una parte, el Hijo de Dios, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Persona divina; y por otra, una naturaleza humana, es decir, un cuerpo con su alma, los cuales, desde el primer instante son cuerpo

y alma de la Persona divina del Verbo de Dios. Cuerpo completo y alma completa que son, desde el primer momento de su existencia, cuerpo y alma del Hijo de Dios. Así entendemos la expresión «Dios se hace hombre».

Todo esto ocurre en María que se brinda dócilmente para ser la Madre de esa Persona divina. Y, para que sea «digna morada» (39) de tal Hijo, Dios la llena de gracia; la prepara dotándola de una belleza moral singularísima; la adorna con dones y virtudes nunca derramados sobre ninguna otra criatura. Por ello, María es proclamada con títulos exclusivos que solamente a Ella le corresponden. «¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!... —Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole: Dios te salve, María, Hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!» (40). Efectivamente, por la Encarnación del Verbo, María se convierte en la Hija predilecta del Padre; se hace también Madre de Dios Hijo al que da forma humana en su seno y lo alumbró en Belén; y merece ser llamada Esposa de Dios Espíritu Santo porque esta tercera Persona divina es la que llena el alma de Cristo de dones y gracias que le convierten en el Salvador del mundo.